

CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA CON MOTIVO DE SU VISITA A NUEVA YORK

17 de junio de 1995

El Señor me concede hoy la oportunidad de visitarlos a ustedes, como lo he hecho en las diferentes diócesis de Cuba, en cuyas Catedrales, como en el Santuario de El Cobre, me repetían lo mismo que oí en Roma de labios de hermanos cubanos llegados de aquí mismo, de Miami, de España o de Venezuela: Tú eres nuestro Cardenal.

En esa frase simple y llena de cariño hay una profesión de fe en la Iglesia, que es una y universal, católica; y hay también una declaración de cubanía: el Cardenal cubano lo es de ustedes como de los católicos de Cuba porque somos un solo pueblo, una sola nación en diáspora. Pero como un árbol, cuya sombra se extiende y sus frutos se recolectan en distintas ramas, tenemos las mismas raíces y circula en todas esas ramas la misma savia vital que nos hace ser y sentir cubanos.

¡Y qué mejor oportunidad para saludarnos que esta de reunirnos alrededor del altar del Señor! que se hace siempre presente en la Eucaristía y, como en aquella primera Cena, nos vuelve a repetir su deseo: *«que todos sean uno», «que en eso conozcan todos que ustedes son mis discípulos, en que se aman unos a otros»*.

De amor entre cubanos tratamos aquí, bajo la mirada de la Virgen de la Caridad, nuestra Patrona, que desde su altar de El Cobre invita a todos los hijos de Cuba, a los de nuestra tierra y a los que viven lejos de la Patria, a la reconciliación, a la paz, al amor.

Hay palabras como reconciliación, perdón, misericordia, que expresan actitudes propias del creyente en Jesucristo. Fuera de la fe cristiana es difícil encontrar equivalencias a esos conceptos, aun en otras religiones de la tierra que no ponen la fe en Cristo Jesús en el centro de sus creencias. Así debe entenderse el mensaje que, en nombre del Señor, repito sin cansarme adondequiera que voy: como un llamado a la conciencia y al corazón de cada cristiano que es capaz de oír y entender con el sentido propio de la fe.

Porque no hay similitudes exactas entre estas palabras nacidas de la novedad del Evangelio de Jesús y los conceptos que se usan en la política, tales como negociación, concertación, acuerdo, pacto. Nada de esto se halla en el vocabulario del Nuevo Testamento como conceptos teológicos propios u originales del cristianismo. De hecho, entre partidos políticos, entre enemigos enfrentados por guerras u otras querellas, entre facciones opuestas por razones ideológicas o de otra índole puede haber negociaciones, acuerdos y aun pactos, sin que haya reconciliación, ni perdón, ni mucho menos amor entre quienes los efectúan.

Sin embargo, puede haber amor, cercanía espiritual, perdón y reconciliación entre dos o más amigos, entre los miembros de una familia o entre los hijos de un mismo pueblo, distanciados tal vez por razones ideológicas, políticas, militares u otras, pero que son capaces de superar, al más alto nivel humano de sentimientos y de pensamiento, las barreras que los separan.

La siembra evangélica de la Iglesia se hace siempre en el corazón del ser humano, en su interioridad, allí donde Dios solo ve. Jesús, en el Santo Evangelio, nos habla de

la importancia de hacernos de un corazón nuevo y de un espíritu nuevo, porque (y cito sus palabras) «... *del corazón provienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias. Y esto contamina al hombre*» (Mt 15, 19).

El propósito sublime y audaz de Jesús es cambiar el corazón del hombre, solo así podrá surgir la civilización del amor de la que habla el Papa Juan Pablo II. Del amor entre amigos, de amor y reconciliación en las familias y entre todos los cubanos, hablando al corazón de ustedes, a lo hondo de sus conciencias, he tratado y trato en cada ocasión que se me brinda, como lo hacía Jesús y como lo debe hacer un discípulo suyo, sacerdote, obispo, cardenal de la Iglesia.

No tengo la misión de proponer o iniciar negociaciones políticas. Nadie nunca ha solicitado esto a la Iglesia en Cuba. Cuando el Papa o los obispos de un país aceptan una función mediadora lo hacen a petición de las naciones o facciones envueltas en un conflicto, pues en este caso, por estar en consonancia con la misión de la Iglesia de acercar a los distantes, de conciliar y establecer la paz, las partes aceptan su autoridad moral y le piden este servicio extraordinario, si no, la iglesia nunca intervendrá.

Sin embargo, para fomentar la reconciliación entre personas, familias o pueblos, la Iglesia no tiene que esperar que nadie solicite su servicio. Esa es parte de su propia misión. A ella, su Señor le ha confiado el ministerio de la reconciliación y por eso exhortará a tiempo y a destiempo, oportuna o importunamente, porque el mandamiento nuevo del amor es el fundamento de su sana doctrina sobre el hombre y de la relación de este con sus semejantes. Porque de este quehacer tiene la Iglesia una orden expresa de Jesús: «*Esto les mando, que se amen unos a otros*». Y la Iglesia cuidará celosamente del amor entre los cristianos, sin cesar de proponerlo a todos los hombres.

No es verdad, queridos hermanos y hermanas, que nuestro pueblo esté todo reconciliado; ni siquiera es cierto que entre los cristianos católicos de Cuba o de fuera de Cuba exista una entera reconciliación. Esto no es cierto cuando hay quienes no han hecho una llamada telefónica a su hermano en Cuba desde hace 20 años; cuando alguien, en Cuba, abandona por una semana su casa por causa de la visita de un familiar que llega de fuera; cuando en muchas ocasiones se ha interrumpido toda comunicación escrita entre familiares y amigos, cuando se lleva cuenta de las opiniones, modos de pensar actuales o antiguos para tender la mano a un necesitado.

Cuando la Iglesia habla de reconciliación y amor se refiere a dejar de lado esos modos de proceder para instaurar la concordia y favorecer la paz entre las personas en el seno de las familias y de toda nuestra comunidad nacional, especialmente entre todos los que profesan la fe cristiana.

De amor entre cubanos tratamos también en este año 1995 en que se cumple el centenario de la caída en combate del apóstol de nuestra Independencia, José Martí, heredero indiscutible del pensamiento cristiano de Mendive, de Luz y Caballero y del Padre Félix Varela.

José Martí colocó el amor en la cima de su obra literaria y patriótica, un amor alimentado en la fuente pura del Evangelio de Jesucristo; con ese amor, él cultiva rosas blancas para sus amigos y para sus enemigos.

Que nuestra celebración de hoy sea un homenaje de amor a Cuba, nuestra Patria, y también un homenaje al Maestro en el centenario de su caída en Dos Ríos, con una súplica al Señor por que llegue a concretarse para Cuba el sueño del apóstol: una Patria con todos y para el bien de todos. Esa Patria que es tierra de los padres y es uno de los aspectos esenciales de la experiencia de un pueblo.

Algunos pueblos de la tierra han recibido la Patria como legado sereno, como herencia que se posee en una tranquilidad inmemorial. No es así para otras muchas naciones del mundo, que en su historia han incorporado experiencias heroicas en relación con la Patria, no solo al defenderla de ataques o invasiones, sino en su misma gestación.

Así, llena de incidencias excepcionales, se presenta la historia del pueblo de Dios en el Antiguo Testamento, que se inicia con un desarraigo: Abraham debe abandonar su tierra natal para ir a otro país del cual no sabe nada aún. En esta historia, absolutamente singular, es Dios quien anuncia descendencia y patria a un hombre que solo podía concebirlas como una promesa. Canaán, sitio de su nuevo asentamiento, estaba poblado por otros hombres; pero curiosamente, fiados en la promesa de Dios, Abraham y su descendencia sintieron aquel lugar como patria aún no plenamente poseída, aunque ya prometida. Así la siguieron soñando durante el tiempo en que, empujados por el hambre, habitan en Egipto, país que consideran siempre como tierra extranjera. Después del éxodo de Egipto, guiados por Moisés, cohesionados como pueblo por el sufrimiento y el largo peregrinar por el desierto y confirmados por la Alianza que Dios establece con ellos en el Sinaí, entran en Canaán, que se convierte en su propia tierra, en la tierra prometida, la que guarda la tumba de los padres y conserva ahora también el Arca de la Alianza.

Pero esta historia pasa de nuevo por el desarraigo. La invasión del gran imperio babilónico lleva al pueblo deportado al destierro. La dura experiencia del exilio aviva, sin embargo, el amor de los hebreos a su patria.

«Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos, acordándonos de Sión; que se me pegue la lengua al paladar si no me acuerdo de ti, Jerusalén.»

Allí comprende el pueblo de Dios que aquella catástrofe tiene por causa el pecado nacional y la patria lejana vuelve a ocupar un lugar central en su oración como promesa cumplida por Dios, pero arruinada por el pueblo que no fue fiel a la Alianza.

La historia de Israel se vuelve paradigmática para todos los que abrazamos la fe cristiana, porque de ese pueblo, con esa experiencia nacional única, nació Jesucristo Redentor. Quienes por cultura y fe participamos de la gran tradición judeo-cristiana vemos, como pueblo, reflejados y preanunciados en aquellos relatos bíblicos nuestros propios desarraigos, sueños, aspiraciones, exilios e infidelidades al legado de nuestros mayores. Pero para todos los cubanos que viven lejos de nuestra amada isla, cuánto significado cobra la Palabra revelada cuando habla de destierro, cuando canta la añoranza de la Tierra prometida.

¡Cuántas veces José Martí, conocedor de la Sagrada Escritura, que fue su lectura diaria en su prisión política de Isla de Pinos, habrá rezado por Cuba, llorado por Cuba, al recorrer las páginas del texto sagrado que hablaba de un exilio como el que él experimentaba, de un retorno a la Tierra prometida, como el que él anhelaba al pensar en su Patria.

Jesús amó a su Patria con todas las fibras de su corazón, tanto más que el suyo no era un país cualquiera, sino la tierra que Dios había dado en herencia a su pueblo. Su misión Él la desarrollaría sin salir prácticamente de los confines de su tierra, pero comprendía que su acción profética se convertía para sus compatriotas en un verdadero drama. Como en otro tiempo rechazaron a los profetas, ahora también la Patria de Jesús desdeña a quien viene a recordarles sus responsabilidades como pueblo llamado por Dios. En Nazaret, Jesús es desechado: «*nadie es profeta en su tierra*», dirá allí mismo el Señor.

Él sabe que va a Jerusalén, la capital nacional, para morir allí y cuando se acerca a ella llora sobre la ciudad culpable, que no ha reconocido que Dios la visitaba (Lc 19, 41). «*Jerusalén, Jerusalén, ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos como la gallina cobija a sus polluelos bajo sus alas pero tú no quisiste*». Qué gran amor a la Patria debe albergar el discípulo de Jesucristo en su corazón y cuán obligados estamos a preocuparnos por ella, a orar incesantemente por ella, a sufrir por ella.

Me imagino cómo resultaría inspiradora para Martí la figura limpia y digna de Jesús que amó así a su tierra. Cómo habrá sentido la cercanía del dulce profeta de Galilea, de aquel Maestro de maestros, cuando experimentó la incompreensión y aun el rechazo de muchos compatriotas, cuando comprendió que si iba a Cuba sería a morir y cuando, a pesar de todo, siguió adelante su tarea sin odios ni amarguras, anclado siempre en el amor, pues nunca se hizo el apóstol ilusiones fáciles con respecto a la lucha por la independencia de nuestro país en cuanto a sus condiciones reales: Así aparece claramente en su carta a Máximo Gómez, de fecha 13 de septiembre de 1892:

«Yo invito a Ud., sin temor de negativa, a este nuevo trabajo, hoy que no tengo más remuneración para ofrecerle que el placer del sacrificio y la ingratitud probable de los hombres.»

Todo esto significó Patria para Martí. Una Patria que para nosotros, seguidores de Cristo, participa de ese misterio de muerte y vida que es el centro de nuestra fe: de la entrega doliente del Crucificado que nos trajo la resurrección y la vida sin término. Hay una referencia a la fuerza redentora de la muerte en aras del ideal patrio en nuestro himno nacional: «*Pues morir por la Patria es vivir*». A veces se muere súbitamente por la patria, a veces lentamente en la ofrenda de cada día.

La Iglesia es el nuevo pueblo de Dios que «no nace de la sangre, ni de querer de hombre», sino de la fe en Cristo y del agua bautismal. La Iglesia que es universal, abierta a toda raza y nación, católica, no suprime el enraizamiento de los hombres en una patria terrestre, como trataron de hacerlo algunas ideologías de este siglo. El amor a la Patria es siempre un deber para todo cristiano y es como una prolongación del amor a la familia.

¿Cómo pueden, ustedes, queridos hermanos y hermanas cubanos, que viven lejos de la Patria conservar vivo el amor a Cuba en ustedes mismos y en sus propios hijos y nietos, de forma que puedan decir con el salmista: «si me olvido de ti que se me paralice la mano derecha»?

La patria no son solo los paisajes, los recuerdos tristes o agradables, Cuba no es solo la palma real, única por su altivez, sus ritmos, los frijoles negros y el cerdo asado. Cuba es su historia y en esa historia, como en la de ningún otro país latinoamericano, hay una riqueza de pensamiento cristiano en la fragua de nuestra nacionalidad.

Podemos habernos alejado de ese pensamiento, como de hecho ha sucedido, pero nuestras raíces están ahí firmes y bien plantadas y a ellas debemos volver. Que sus hijos y nietos conozcan esa historia y también sepan del Padre Félix Varela, de su santidad, de cuánto amó a Cuba, de su ideario independentista y sus luchas por forjar una conciencia cubana limpia y fuerte; que conozcan, no solo de nombre, sino en su pensamiento y su producción literaria a nuestro José Martí, para que su palabra orientadora siga aunándonos en la hora presente y para el futuro.

Justamente, el Padre Félix Varela se quejaba de la superficialidad del cubano, de su desinterés por la Patria: para muchos lo más importante son «sus cajas de azúcar», lamentaba el sacerdote ejemplar.

Hoy conocen ustedes las penurias de nuestro pueblo, la escasez de productos esenciales y de medicamentos, sabemos que más de 20.000 cubanos están retenidos en la Base Naval de Guantánamo, esperando venir a estas tierras, sabemos que hay todavía en las cárceles quienes cumplen prisión por causas políticas. Por todo esto hay sufrimientos y ansiedad en muchos corazones. También saben ustedes, mejor que nadie, cuántos cubanos desean salir del país, pues, precisamente, acuden a ustedes buscando reclamaciones y apoyo económico para ese proyecto que cada vez se torna más difícil.

Pero es bueno que estén también al tanto de la vida de la Iglesia, de sus dificultades y de esa primavera de fe que vivimos en Cuba después de un largo tiempo de aparente ausencia de Dios.

Hoy vemos la acción de la Iglesia en medio de nuestro pueblo, de este modo: una Iglesia que llama a los corazones de los cubanos, y que encuentra oídos atentos que se vuelven hacia ella para reencontrar el camino de la fe. Muchos hermanos nuestros en Cuba miran hacia la cruz alta y orientadora de la Iglesia en busca de una señal que les indique que Dios está allí, que el Dios de nuestros padres y de nuestros abuelos no nos ha dejado nunca, aun si nosotros nos alejamos de Él. Porque en Cuba se produjo un extrañamiento aparente entre la fe católica tradicional de nuestro pueblo y su vida en la sociedad.

La fe del cubano ha sido sometida a la dura prueba del silencio sobre Dios, del rechazo de la misma fe como un elemento anticientífico, retrógrado e innecesario para la vida y esto al mismo tiempo que desaparecían nuestras escuelas y centros de formación y quedaba trágicamente disminuido el número de sacerdotes y religiosas, sin que, por otra parte, tuviera el mensaje cristiano la posibilidad de alcanzar la prensa escrita, la radio o la televisión. Las fechas religiosas que significaron algo en la vida del pueblo desaparecieron como días que se conmemoraban también civilmente y ni siquiera quedaron señalados en los almanaques. La Navidad del Señor, la Semana Santa, el día de los fieles difuntos, la Fiesta de la Virgen de la Caridad, Nuestra Patrona, se han mantenido como celebraciones privadas. Y lo peor de todo, un temor casi patológico se metió en el corazón de la gente. Temor a no ascender en la escala social, a no obtener un buen empleo, temor al trauma psicológico que podría producir en el niño el hecho de ir a la Iglesia y ser cuestionado en público sobre su fe, temor a que no pudiera estudiar en una buena escuela.

Hoy muchos de los hombres y mujeres que vivieron dolorosamente estos conflictos, que se alejaron ellos de la Iglesia y no bautizaron a sus hijos, que ni siquiera les hablaron de Dios en sus casas... (y en esto habría que hacer la salvedad de las abuelas, que lucharon por mantener encendida la llamita de la fe en el corazón

de sus nietos y de sus mismos hijos)... Hoy muchos de aquellos, repito, que callaron, ocultaron, disimularon su fe, nos dicen: ¿Cómo pude yo no bautizar a los niños?, ¿cómo pudimos nosotros vivir como si Dios no existiera? Algunos regresan con verdaderos complejos de culpabilidad. Esta es una de nuestras culpas nacionales de las cuales todos debemos arrepentirnos.

Pero la comunidad católica de Cuba ha entrado en una nueva etapa de su vida de fe. Y no es nueva porque haya un cardenal cubano, sino al contrario: hay un Cardenal en Cuba porque la Iglesia, con pasos firmes, comenzó a andar por nuevas sendas de mayor empuje evangelizador, con un compromiso creciente de los laicos, dejando atrás temores e inhibiciones, con el consiguiente crecimiento del número de los católicos activos y un aumento gradual y sostenido de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada, mientras la voz de sus obispos es tenida en cuenta por muchos cubanos que la aprecian y esperan. Es este caminar el que ha querido confirmar el Papa al nombrarme para integrar el Colegio Cardenalicio. ¡Qué gran responsabilidad, en esta hora de la historia de Cuba, encarnar esta etapa nueva que inicia la Iglesia en nuestro país!

Los factores históricos, políticos o sociales influyen, evidentemente, en este renacer de la fe, pero no hagamos simplificaciones que son siempre superficiales. Es frecuente que los periodistas extranjeros me pregunten si el despertar religioso en Cuba coincide con el «período especial» y su secuela de carencias materiales. Siempre respondo lo que es cierto: la búsqueda de sentido a la vida, el reencuentro del mundo del espíritu, comenzó entre nosotros antes de esta etapa. A veces, sin quererlo, muchos siguen pensando en clave materialista y buscando solo causas materiales a problemas de una gran envergadura humana, olvidándose que *«no solo de pan vive el hombre»*.

No, no es una carencia material la que determina una andadura humana y espiritual de esta índole. Es la misma insuficiencia de las propuestas materialistas, es la soledad interior del ateísmo, es el vértigo existencial que produce el vacío de los corazones si de algún modo no se vuelven a Dios. Durante este tiempo de aparente ausencia de Dios, misteriosamente, Él se ha hecho presente.

De nada nos hubiera servido tener a nuestra disposición todos los medios de comunicación del mundo si los corazones de los cubanos se hubieran endurecido o permanecieran fríos. Y este actuar en los corazones es solo de Dios. Ha sido un don del Señor que ha manifestado la acción del espíritu Santo en el alma del cubano.

Dios está presente en nuestra realidad cubana actual por ausencias, por búsquedas, por insuficiencias o sufrimientos. El reclamo de una religión que llene tantos espacios vacíos se hace sentir en muchos hermanos nuestros que piden la Biblia para conocer algo de Dios, quieren tener un catecismo para aprender a rezar y miran con simpatía a la Iglesia, pero Jesucristo debe ser anunciado, pues no es aún conocido.

Porque el conocimiento de Cristo implica una vida espiritual sólida, que es mucho más que una creencia o que la práctica religiosa.

En su mensaje al Primer Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en La Habana los días 22, 23 y 24 de febrero de 1947, el Papa Pío XII se dirigió así en un mensaje radial a todos los cubanos:

«Todos ustedes –decía el Santo Padre– se sienten orgullosos de haber visto la luz, como alguien felizmente dijo, en la tierra más hermosa que ojos humanos vieron y den gracias a Dios por ser hijos de la Perla de las Antillas.

Pero, precisamente en esta placidez y suavidad en el vivir, en esta perenne y casi irresistible sugestión de una naturaleza luminosa y exuberante, en esta prosperidad alegre y contada, se esconde acaso el enemigo; por el tronco airoso de vuestra palma real, que el suave soplo de la brisa hace cabecear con donaire, nos parece ver que peligrosamente se desliza la serpiente tentadora: ‘¿Por qué no comen?, les dice, ‘Serán como dioses’. Y si todo el esplendor de esa poderosa atracción puramente natural no se compensara con una vida sobrenatural potente y robusta, la derrota sería cierta.»

El Papa Pío XII hacía alusión a un pueblo aparentemente satisfecho y despreocupado que no se daba cuenta de los grandes desafíos de la historia y no comprendía que aquella bonanza pasaría cuando volviera a bajar el precio del azúcar, que los cimientos de la Patria no estaban terminados de forjar, que teníamos todos una gran responsabilidad nacional.

Sí, queridos hermanos, no nos dimos cuenta. Pero no es la hora de inculpar a nuestros antepasados, sino de examinar ante Dios nuestras conciencias. Después de tantos avatares, después que de manera trágica parece haberse cumplido aquella extraña predicción de Pío XII; nosotros los cubanos de hoy, los de dentro y fuera de Cuba, ¿nos damos cuenta al fin de que no podemos encerrarnos cada uno en nuestro mundo, sino que con un corazón desprendido, nunca satisfecho, debemos buscar el bien de todos?

La tarea de la Iglesia en esta hora, como en todo momento, es la de convocar voluntades, despertar conciencias, para que nadie se sienta nunca seguro y satisfecho, mientras que su hermano está necesitado, triste o aquejado por variados sufrimientos.

La pregunta actual que todos debemos hacernos es: ante el llamado al amor, a la reconciliación, a la búsqueda de caminos de paz, ¿qué hace la Iglesia en Cuba, permaneceremos unos y otros indiferentes?, ¿nos parecerá el lenguaje de la Iglesia, del Evangelio, tan extraño como pareció a los cubanos del año 47 el mensaje del Papa Pío XII? ¿Nuestra historia reciente y actual nos habrá sacado por fin a los cubanos de nuestra suficiencia, de este «creernos los mejores», o «tener cada uno la verdad», que no nos permite a veces abrirnos a la comprensión y dejar que triunfe el amor?

¿O podremos por fin acoger el llamado de Jesucristo en el Evangelio y hacernos sencillos de corazón para poder apostar a la esperanza?

Cuando terminaba la audiencia que el Papa Juan Pablo II dio a los obispos cubanos y al numeroso grupo de fieles de todas las diócesis de Cuba que nos acompañaron al consistorio, el Santo Padre hizo un breve aparte con los obispos en la puerta de la sala donde nos dirigió la palabra y nos dijo rápidamente, como en sentencia, dos cosas: la Iglesia tiene que trabajar, tiene que seguir trabajando, y agregó: Acuérdense de la Virgen.

Como un mandato profético debemos acoger todas y cada una de estas breves palabras dirigidas personalmente por el Sucesor de Pedro a los obispos de Cuba.

Pero ¿cuál es el trabajo que debemos hacer? Así le preguntaron los discípulos a Jesús. Respuesta del Señor: que conozcan al Padre y a su enviado Jesucristo.

Conocer, en el lenguaje bíblico (cuando se trata de una persona), significa entrar en profunda intimidad con ella. En ese sentido decimos también en español que nadie conoce a un hijo mejor que su madre.

Nuestro pueblo no conoce a Jesucristo: la gran mayoría de los que viven en Cuba, nuestros hermanos que están en Guantánamo y muchos de los que viven fuera de nuestro país no conocen al Señor.

El pueblo cubano es creyente en más del 85%, según encuesta reciente hecha oficialmente en Cuba. Tiene respeto a Dios y algunos poseen una noticia vaga acerca de Jesús; pero los cubanos estamos necesitados de esa vida espiritual sólida a la que se refirió Pío XII, para no fracasar como pueblo. Hoy por hoy, nuestra cohesión como nación dispersa y dividida en sus opiniones y modos de pensar, debe hacerse en Jesucristo y en la opción por los valores que nos propone el Evangelio.

Ese es el trabajo evangelizador que la Iglesia tiene que hacer ahora dentro y fuera de Cuba con el pueblo cubano dondequiera que se encuentre.

Cristo debe ser conocido y amado, para que pueda ser seguido en su doctrina de amor, de reconciliación, de paz. Para que, descubriendo en Él la verdad, la verdad nos haga libres, con esa libertad del corazón cristiano, libertad de los hijos de Dios, que solo Cristo Salvador nos puede dar y que nadie nos puede quitar.

Con el Evangelio de Jesucristo entra la paz en los corazones, en la familia, en la sociedad, aprendemos el valor de la vida y del trabajo, cómo hacer uso de los bienes materiales y lo que es servir al prójimo. En fin, se abre una puerta a la solidaridad, a la esperanza y a la alegría.

Para todo esto escuchemos la otra recomendación del Papa Juan Pablo II: No se olviden de la Virgen. No nos olvidemos de la Virgen de la Caridad y tengamos oídos atentos como cubanos, como católicos, a su palabra que nos encamina a Cristo: «Hagan lo que Él les diga». ¡Virgen de la Caridad, que la dicha de seguir a Cristo, que trae todas las demás, sea la de tu pueblo en Cuba y en cualquier parte! Así sea.